

ROVERANDOM
MAURICIO GARCÍA GARCÍA

DUNA. SEGUNDA PARTE
NAIEF YEHYA

ENTREVISTA A YAEL WEISS
CARLOS VELÁZQUEZ

NÚM. 445 SÁBADO 06.04.24

El Cultural

[SUPLEMENTO DE **LA RAZÓN** • NUEVA ÉPOCA]

TINTA CHINA

EMMANUEL CARRÈRE



ANIMALEMAS
SEIS POEMAS DE
MARGARITO CUÉLLAR

Fuente > Arte digital a partir de una fotografía
de Lise Sarfati > Mónica Pérez > **La Razón**

MEMORIA
DEL VOLCÁN
ALEJANDRO TOLEDO

La crítica y el público lector coinciden desde hace años: Emmanuel Carrère es uno de los prosistas esenciales de nuestro tiempo. El adversario, Una novela rusa o Yoga son una muestra de su fuerza narrativa. El texto que ofrecemos, inédito en español, es el prólogo a una antología publicada por Gallimard en septiembre de 2023. El volumen recoge, además, por vez primera, una parte del notable trabajo periodístico de este gran escritor francés.



TINTA CHINA

EMMANUEL CARRÈRE
TRADUCCIÓN • GUILLERMO DE LA MORA

CUANDO ERA ADOLESCENTE, dibujaba. He perdido la mayor parte de esos dibujos, como ha pasado con muchas otras cosas en mis múltiples mudanzas. Por suerte, le regalé unos cuantos en aquella época a mi amigo Stephan Martin, que los guardó con cuidado. No los había visto desde hace casi cincuenta años. Los veo y me intrigan, pues muestran habilidad ejecutoria con la tinta china, un talento situado claramente del lado de la artesanía y no del arte. Otro de mis amigos también pintaba a esa misma edad. Sus referencias eran Francis Bacon, Andy Warhol y David Hockney. Las mías eran las ilustraciones de las novelas de Julio Verne en las antiguas ediciones Hetzel, las de Gustave Doré y en el máximo de la ambición, los aguafuertes de Piranesi o de su discípulo francés, Charles Méryon. Mi único toque de relativa modernidad eran los títulos desenfadados, a la manera surrealista. El muchacho que dibujaba eso -y que dejó morir este talento cuando el gusto por la escritura lo reemplazó- hizo un autorretrato imaginándose de viejo. Así es al menos como esperaba verse. Cada quien tiene una edad gloriosa, aquella que le deparará lo mejor de la vida y de

sí mismo (si es que se llega). Yo pensaba que ésa iba a ser la mía y que habría que esperar pacientemente hasta llegar a mi estiaje.

2

DESDE MUY JOVEN ya tenía gustos de viejo. No me gustaba el rock, sino la música clásica. Aunque desafortunadamente no soy músico, soy lo que se denomina un melómano. Mientras conduzco y sintonizo France-Musique o Radio-Classique, es raro que después de un fragmento no reconozca la pieza que se está tocando, incluso en ocasiones al intérprete. En materia literaria, que pronto se convirtió en el gran asunto de mi vida, era en mi juventud un extraño de todo lo que pasaba con mis contemporáneos: las cenizas de la *nouveau roman*, la revista *Tel Quel* y el situacionismo. Lo que a mí me gustaba, era la literatura fantástica y más tarde la ciencia ficción. A los once o doce años, encontré en mi biblioteca familiar un volumen de Lovecraft (regalo de mi tío Nicolas Zourabichvili a mi madre, un presente bastante raro, pues no tenía posibilidad alguna de gustarle a su destinataria). A mí me

El Cultural
[SUPLEMENTO DE LA RAZÓN]

Roberto Diego Ortega †
Fundador

Delia Juárez G.
Directora

Mariana Ruiz Montell
Editora
[@marianamontell](#)

CONSEJO EDITORIAL

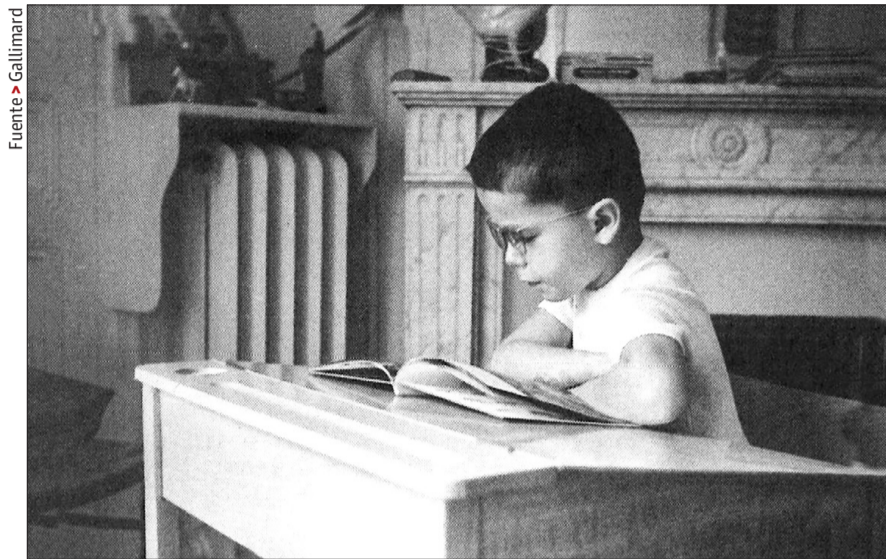
Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial • Adrian Castillo
Coordinador de diseño • Carlos Mora
Diseño • Andrea Lanuza

X: [@ElCulturalRazon](#)

f Facebook: [@ElCulturalLaRazon](#)

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078.
Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868.
Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15



Fuente: Gallimard

"Mi hermano es muy serio, nunca hace tonterías. Todo el tiempo lee libros de gente grande."

atrapó de por vida. Ningún texto literario me ha marcado tanto como el primer cuento de la antología "El testimonio de Randolph Carter", ninguna sucesión de palabras tuvo alguna vez un efecto tan poderoso en mí como la última oración de este cuento, diferenciado del resto del texto por itálicas: "Idiota ¡Warren está muerto!" (algunos pocos me comprenderán, seguramente muy pocos). Un poco más tarde, descubrí la colección editorial Marabout-fantastique, establecida en Verviers, en el canal de Charleroi, lugar que irónicamente luego se convirtió en uno de los centros más activos del yihadismo belga. El autor estrella de Marabout era Jean Ray, un tipo astuto a quien le hice un retrato que aparece después de mi autorretrato como viejo. Jean Ray y sus fieles mantenían alrededor de su vida aventurera un halo de leyenda: había buscado oro en Klondike, contrabandeado en la Rum Row en el tiempo de la prohibición americana y también la había hecho de verdugo en China (una biografía menos romántica reveló que toda su vida había trabajado en la alcaldía de Gante). Otra leyenda mejor fundada: Jean Ray hizo algo de dinero traduciendo del holandés al francés cuentos policíacos populares, las aventuras de Harry Dickson, "El Sherlock Holmes americano". Estos fascículos, que tenían como título *Los tres círculos del terror*, *El vergel del diablo*, *La maldición de las gorgonas* o *Los espeluznantes*, tenían portadas muy llamativas: saqueadores de cadáveres, espectros atormentados o jóvenes vírgenes aterrorizadas. Los cuentos originales eran tan malos que Jean Ray prefirió, en lugar de traducirlos o incluso leerlos, reescribirlos con base en el título y la ilustración. Escribía uno cada noche, casi en trance. El resultado es una mezcla de literatura popular y automática, con muchas

tonterías, pero también con invenciones brillantes. El fan más célebre de Harry Dickson fue Alain Resnais, que soñó durante mucho tiempo con hacer una película sobre sus aventuras. De este sueño se publicó un álbum de fotos mágico, *Repérages*,¹ que mantuve en mi mente por muchos años. En mis inicios como escritor, nada me parecía más prestigioso que ser publicado en Marabout, ningún premio literario más codiciado que el premio Jean-Ray (que obtuvo por su primera novela mi amigo René Belletto). Por mi parte, mi primer cuento se publicó en la revista *Fiction*.² Se llamaba *Victor Frankenstein, libretas inéditas* y era una variación de las memorables circunstancias en las cuales Mary Shelley, de diecinueve años, escribió un libro lleno de pompa anticuada, pero que seguirá leyéndose mientras haya lectores de libros, incluso si Dante y Faulkner cayeran en el olvido (al menos esa es mi opinión).

3

HICE MIS PININOS EN *Fiction* y durante más de quince años, la ficción fue mi horizonte. Eso es lo que me interesaba: *Frankenstein*, *Drácula*, *El hombre que fue jueves*, *El señor de Ballantrae*, *Grandes esperanzas*... En quince años he escrito cinco novelas, de las cuales escogí dos para este volumen de antología. Las otras tres se ausentan felizmente. *El amigo del jaguar* fusionaba dos experiencias capitales a mis veinte años: mi primera historia de amor y los dos años que pasé como colaborador del Instituto francés de Surabaya, un puerto en la punta oriental de Java, donde se desenvuelve una de las novelas más bellas de Conrad, *Victoria*. Hacer el servicio militar en la cooperación internacional en aquella época era una bendición para un joven

"HICE MIS PININOS EN FICTION Y DURANTE MÁS DE QUINCE AÑOS, LA FICCIÓN FUE MI HORIZONTE. ESO ES LO QUE ME INTERESABA: FRANKENSTEIN, DRÁCULA, EL HOMBRE QUE FUE JUEVES, EL SEÑOR DE BALLANTRAE, GRANDES ESPERANZAS..."

burgués recién egresado de sus estudios universitarios en ciencias políticas, lejos de todo lo que le resultaba familiar, de los abrigos de lana de la calle Saint-Gillaume. Este primer libro, así como lo veo a cuarenta años de distancia, es a la vez prometedor (allí uno puede ver, si se tiene buen ojo, que el chico que lo escribió podrá algún día escribir algo que valga la pena) y prácticamente ilegible. Podría decir lo mismo de *Valentía*, que es una extensión de mi cuento inaugural sobre *Frankenstein* y pretendía ser una demostración de virtuosidad al estilo de Nabokov. En ese momento, Nabokov era un dios para mí. Al día de hoy, sus obras maestras me resultan aburridas, a excepción de *Lolita*... Mi primer libro legible fue el tercero, *El bigote* escrito casi por sorpresa. La idea proviene de un cuento en el estilo de ciencia ficción paranoica de los años 1950 *La invasión de los usurpadores de cuerpos* de la serie *Twilight Zone*. Como ya tenía el principio, viajé a Biarritz en temporada baja, pensando en cerrar en algunos días una narración de unas veinte páginas. El primer día escribí el descenso a los infiernos por parte del héroe, que eran cerca de treinta páginas. Sin saber qué iba a seguir después, me fui a dormir, ya resolvería al día siguiente. El segundo día escribí el segundo día de la historia, ignorando totalmente lo que sucedería en el tercero. De esa manera, la narración se extendió unos diez días, que transcurrían paralelamente, sin saber a dónde iba a parar el héroe. El final fue suficientemente horrible como para que la correctora de la editorial P.O.L. se negara a volverlo a leer, lo que me pareció el mejor halago posible. Los críticos detectaron en este relato la influencia de Kafka, mientras que yo reivindicaba aquellas de Richard Matheson, Thomas Disch y Philip K. Dick, que nadie conocía en el mundo literario serio. *El bigote* fue mi primer éxito. Me acababa de casar y de tener un hijo y en ese momento decidí que mi labor era escribir libros,



Fuente: Gallimard

"Autorretrato anticipado, cuando yo era un adolescente."

“FORMO PARTE DE LOS CONVENCIDOS DE QUE ESTAMOS CERCA DE UNA CATÁSTROFE SIN PRECEDENTE, SIN DUDA EL FIN DE NUESTRA ESPECIE. SI ESTO ES VERDAD: ¿QUÉ SENTIDO TIENE ESCRIBIR SOBRE OTRA COSA?”

que terminaría uno cada dos años más o menos. Fue así que me obligué a escribir *Fuera de juego*, una novela naturalista, flaubertiana, a la vez competente y morosa, que con justa razón tuvo diez veces menos lectores que *El bigote*, que por poco merece el Goncourt, y cuyo fracaso abrió un episodio bastante siniestro de mi vida. Busqué refugio en la devoción católica, episodio que conté veinte años después en *El Reino*. Si pude salir de ese pantano, fue gracias a mi agente, François Samuelson, que me hizo reaccionar y me alentó a escribir la biografía de Philip K. Dick. De todos mis libros, esa biografía es uno de mis preferidos, y el único que lamento que no se encuentre (por falta de espacio) en algunas antologías.

4

A *Yo estoy vivo y ustedes muertos*.³ Le puse el punto final el 9 de enero de 1993 y el día 13 del mismo mes leí el primer artículo de *Liberation* sobre el caso Romand.⁴ Estaba escrito por Florence Aubenas, de quien veinticinco años más tarde adapté la obra *El muelle de Ouistreham*⁵ al cine. Su última frase “*Y fue a perderse, solo, en los busques del Jura*” fue para mí un mantra casi tan hipnótico como “*Idiota ¡Warren está muerto!*” de Lovecraft. Supe inmediatamente que iba a escribir un libro sobre esa historia atroz y se me ocurrió el título. Siguió un año de depresión y de exceso de trabajo alternados (la depresión era más presente, tanto en duración como en intensidad). En medio de este libro imposible a escribir, llegó otro, *Una semana en la nieve*, por sorpresa, como *El bigote*. Se trata de una novela corta, en el linde de lo fantástico. Al igual que *El bigote*, la novela se escribió prácticamente sola en unos diez días. La diferencia es que no la escribí en Biarritz, sino en Bretaña, en la casa que me prestó Olivier Rolin. Ésta no salió con la crueldad lúdica de *El bigote*, sino acompañada de miedo y lágrimas. No dormía, temblaba, tenía la impresión de que los muros goteaban sangre. Fin de la risa. Sobre este último libro de ficción, en mi opinión el mejor trabajado, podemos terminar la visita guiada de mi obra.

5

TOMADA EN GRECIA por Charline Bourgeois-Tacquet, la última foto me muestra a los sesenta y cinco años, mi edad actual. Es más o menos la misma edad en la cual a los dieciséis o diecisiete, me dibujé en tinta china como un viejito simpático. El

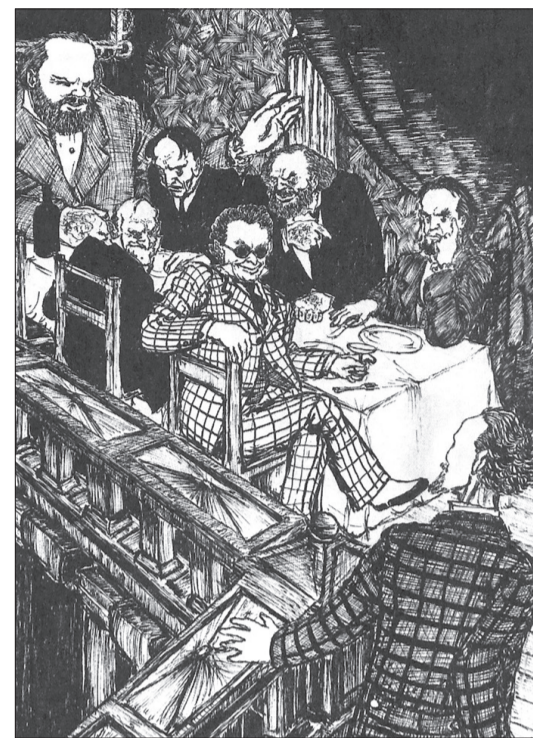
hombre maduro en quien yo imaginaba en convertirme y aquel en el que me transformo poco a poco al día de hoy, tienen cincuenta años de diferencia y ahora pueden verse de frente. Si uno se olvida del *tweed*, la pipa, y los atuendos anticuados del lector de Jean Ray, me parece que no estaba tan equivocado. Sin embargo, habiendo sido un aspirante a viejo desde joven, me da la impresión de haber rejuvenecido con el tiempo, algo que le debo en gran medida a mi trabajo.

6

LOS LIBROS O PELÍCULAS que más me conmueven son los que muestran al mismo tiempo las dimensiones horizontal y vertical de la vida. Horizontal: el amor, la amistad, los vínculos que uno genera cuando uno atraviesa la existencia en las mismas aguas, en los mismos tiempos. Vertical: las relaciones entre generaciones. Padres e hijos, antepasados y descendientes, que vivieron mundos diferentes, compartieron otras historias, otros valores y otras evidencias —esas, las de nuestros antecesores que se han vuelto no solamente extrañas, sino cada vez más (habiendo tomando el gusto por escandalizarnos) escandalosas. Me gustan las historias que abren las puertas a esas dos dimensiones de la experiencia humana, incluso estoy convencido de que este es el secreto de las obras maestras (*Guerra y paz*, *Los Buddenbrook*, *Kristin Lavransdatter*...). Sin embargo, a medida que envejezco, lo que más



"Visita a la ermita."



"Ilustración para *El hombre que fue jueves*, de G.K. Chesterton."

me interesa es la dimensión vertical. Lo que más me interesa, no son tanto mis amigos y mis amores, sino mis padres, hijos y el hijo que yo mismo fui. La mayor parte del tiempo me digo que debería encontrar una forma de hablar sobre la guerra en Ucrania, sobre el desastre climático, sobre esta cosa enorme que se está fundiendo sobre nuestras vidas y que probablemente va a devorarnos: la Inteligencia Artificial. Formo parte de los convencidos de que estamos cerca de una catástrofe sin precedente, sin duda el fin de nuestra especie. Si esto es verdad: ¿Qué sentido tiene escribir sobre otra cosa? En momentos, sin embargo, me digo que mi padre que se acerca a la muerte y el abismo de tiempo que me separa del niño que fui, deleitado y aterrado por los simios locos del Barón de L'Espée es en verdad poca cosa y a la vez fundamental. Valorar aquello que hemos conocido en nuestro pequeño recorrido en la tierra y nada más, en nuestra pequeña existencia temporal y no en otra, en nuestro pequeño ser y no en otro, de eso se trata la tarea de las personas como yo, que se dedican a contar historias. Tal vez reunir estas fotografías y escribir este prefacio son una manera, de empezar a hacerlo. ■

NOTAS

- ¹ Este libro de tiraje corto apareció en las Éditions du Chêne en 1974, con textos de Jorge Semprún. (N. del T.)
- ² Revista francesa de ciencia ficción fundada en 1953, su principal editor fue Alain Dorémieux (1933-1998). (N. del T.)
- ³ Biografía de Philip K. Dick, publicada en 1993 por la editorial francesa Seuil. (N. del T.)
- ⁴ Jean-Claude Romand es un asesino francés que mató en 1993 a su mujer, hijos y padres. Se hacía pasar por doctor, aunque nunca se graduó de la escuela de medicina y vivía de préstamos de su círculo social cercano. Al estar a punto de ser descubierto, cometió los mencionados crímenes. (N. del T.)
- ⁵ Relato autobiográfico de la periodista Florence Aubenas que se inserta de manera voluntaria al mundo de la precariedad laboral, publicado en 2010 por la editorial L'Olivier y traducida en español en 2022 por la editorial Anagrama.

Margarito Cuéllar (1956) ha escrito una obra poética en la que destacan Poemas en los que nunca es de noche y Moléculas en movimiento vibratorio alrededor de una posición en equilibrio. Su discreción es su distinción. Sus temas son siempre los que nos unen a la vida cotidiana. Margarito puede escribir sin cesar en sus poemas de la belleza, un dibujo, la playa, un piano, los recuerdos, las pesadillas y sobre sí mismo. Los de esta página los dedica a algunos animales, algunos inauditos como la víbora.

ANIMALEMAS

MARGARITO CUÉLLAR

@magocuellar

SANGRE FRÍA

Para la víbora soy una fiera extraña
que camina en dos pies.

Se mantiene erguida
y mueve su delgada lengua roja.
Se desconcierta
si me arrastro a la maleza,
subo por un tronco
o hago sonar los cascabeles.

Mi movimiento es torpe
pero con un poco de práctica
aprendo a deslizarme con destreza en la hierba
y los anillos de mi piel son corazas de hierro.

LA MOSCA

Después de un largo viaje vuelvo a casa.
Ella sigue ahí
entre residuos de azúcar y comida del viernes.
Creo no repara en nada
salvo en el golpe (que puede ser mortal).

La mosca no es fraternal ni solidaria
y es capaz de esperar una vida
a que las cosas -yo incluido- se echen a perder.

He visto moscas más tiernas
y con vocación de servicio.
Incluso más sublimes.

CARRERA DE CABALLOS

¿Qué fue de Ubü El Cortador del Cielo
sin su caballo Liebre Roja?
Con Babieca, El Cid gana batallas después de
muerto.
Ulises, sin su caballo de madera
escribe en una playa la palabra derrota.
Sin Bucéfalo Alejandro Magno es una caricatura
de jinete.
El verdadero libertador no fue Bolívar
sino Palomo, su bestia acompasada.
Calígula nombró cónsul a Iniciatus.

Sin Plata, El Llanero Solitario es a lo mucho
un zorro de las praderas.
Spirit, alma libre y salvaje, galopa en el poema.

ANIMALES EN EL CONTENEDOR DE BASURA

En el contenedor de la vida
suele haber mariposas de hojalata
gusanos de colores
y escarabajos del tamaño de Kafka.

VENENO Y LOS GATOS

En la costa de Yorkshire las mujeres de los pescadores
tienen un gato negro para que el hombre vuelva con
pesca en abundancia. El gato de Natsume Sōseki cita
a Buda y a los clásicos griegos, mientras pasea en
jardines ajenos y en la vida de otros. Borges dice: la
cercanía entre escritor y gato es una alianza entre seres
libres. Céline se resignó a escribir en el espacio que
le dejaba su gato Bébert. Imagino a Poe con Cattarine
y Plutón al hombro en tanto nacía "El gato negro". El
gato de García Lorca tenía una extraña fascinación por
la música de Beethoven y Fitzgerald debió amar la
música de Chopin al bautizar así a su gato.
Apollinaire, Belzebú, Buffalo Bill, destellos de Mark
Twain, maúllen en el idioma que sea.
"¿Y los 57 gatos de Hemingway, las cinco bestias
peludas de Lord Byron y las nueve vidas del Gato
Fritz?", pregunta mi gato Veneno mientras cruza con
elegancia las líneas del poema.

EL PASAJERO

¿Qué busca un grillo
en los compartimentos del avión?
Quizá es un piloto automático
o agente de la CIA
disfrazado de insecto
o cazaterroristas
en países lejanos.
¿Alguien lo espera a su descenso
para invitarle un trago?

¿Es pasajero en tránsito
o tiene por destino final
la misma isla que yo? 🇵🇷

PSICOGRAFÍA

POR MAURICIO GARCÍA GARCÍA

ROVERANDOM

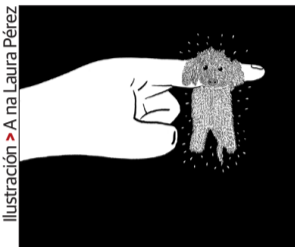


Ilustración > Ana Laura Pérez

HE LEÍDO EN UN LIBRO de breves prosas, un libro que podría ser entendido por todo el mundo, que el estado de vigilia perfecta no existe. El escritor que firma este texto, Juan José Millás, dice que no estamos despiertos del todo

cuando estamos despiertos y que por tanto tampoco debe existir el estado de sueño perfecto. Millás agrega: "En todo sueño hay algo de vigilia: quizá aquello que denominamos pesadilla".

Durante la comida le cuento esto a Ana. Se lo cuento como si yo lo hubiera descubierto y como si ella tuviera que saberlo. No le sorprende. Le digo, robando otra frase, creo que nos movemos por la vigilia un poco como muertos vivientes. La frase armada logra hacer que pierda el interés en la conversación.

Al terminar de comer ella toma una siesta en el sillón largo de la sala. En el otro sillón Lisa hace lo mismo. Las veo dormir. Lo he hecho muchas veces. A veces me gusta imaginar que Lisa sueña que es Ana y que Ana sueña que es Lisa, y que ambas sueñan que toman la siesta al compás de la otra. Su sincronización perfecta me produce la inconveniente somnolencia de la tarde. Evito dormir siestas; ya dije en este espacio que soy maldurmiente y pocas cosas me producen mayor molestia que rodar durante horas entre las sábanas en busca del sueño. Intento leer, el esfuerzo es inútil.

Cuando despierto, Ana me pregunta si he pasado una buena noche. Le digo que no me gustan sus bromas. Estoy de mal humor, como siempre que despierto y afuera ya está oscuro. En una silla del comedor me encuentro a Lisa sentada, parece que está leyendo. En la portada del libro que sostiene hay un perrito de torso y cara blanca, con orejas negras y patas flacas. El perrito está parado en una loma muy verde, con un fondo azul chillante. El libro se llama *Roverandom*, es de J. R. R. Tolkien. Lisa me dice que es un libro aterrador, que recién en el comienzo de la historia un brujo convierte al perrito Roverandom en un juguete diminuto, como castigo por haberlo mordido. Le digo a Lisa que esas cosas no pasan y la cargo entre mis brazos. En un parpadeo Lisa se ha vuelto del tamaño de la palma de mi mano y en otro del tamaño de mi dedo. Yo me quedo sin facultad para hablar. Busco a Ana para mostrarle, pero no la encuentro en ningún rincón del departamento. Lisa desaparece por completo. En la punta de mi dedo índice queda una gota de agua que se evapora entre los agujeros de un microtejido de color marrón

Despierto agitado. Dormí apenas media hora. Ana está a un lado, dibujando en su iPad. Me dice que hablé dormido, pero lo que decía resultaba incomprensible.

Al llegar la noche sigo pensando en mi sueño y busco respuestas en mi I-Ching personal: *El libro del desasosiego*. En el buscador de palabras pongo la palabra sueño y encuentro esta cita: "El arte de soñar es difícil porque es un arte de pasividad, donde lo que supone esfuerzo es la concentración de la falta de esfuerzo. El arte de dormir, si existiera, debería ser de forma parecida".

Antes de dormir anoto en un cuaderno: "Comprar cinta métrica para Lisa". Cuando cierro los ojos Lisa empieza a ladrar. ☐

LA RISA DE KAFKA

FRANZ KAFKA y yo nos reíamos juntos muchas veces y a carcajadas, si es que tratándose de Kafka es posible hablar siquiera de tal cosa. Yo al menos sólo he retenido en la memoria la postura con la que su cuerpo solía expresar el regocijo, pero no su sonido. Kafka inclinaba la cabeza hacia atrás con lentitud o rapidez en función de la intensidad de su risa, entreabría un poco la boca y cerraba los ojos hasta formar con ellos dos estrechas rendijas, como si estuviera mirando al sol. O bien apoyaba las manos sobre la mesa, se encogía de hombros, escondía el labio inferior, se agachaba y entrecerraba fuertemente los ojos, como si de pronto alguien le hubiera salpicado.

Influenciado por esa postura le conté un día un cuento chino que había leído poco antes, no recuerdo dónde.

-El corazón es una casa con dos alcobas. En una reside la pena y en la otra la alegría. Nunca se debe reír demasiado, ya que de lo contrario se puede despertar a la pena que vive en el cuarto de al lado.

-¿Y la alegría? ¿Puede despertarla una pena ruidosa?

-No. La alegría es dura de oído. No puede oír la pena del cuarto contiguo. Kafka asintió.

-Es verdad. Por eso muchas veces uno sólo hace ver que se alegra y se tapa los oídos con la cera del regocijo. Como yo, por ejemplo. Simulo alegría para esconderme tras ella. Mi risa es un muro de hormigón. ☐

Gustav Janouch, *Conversaciones con Kafka. Notas y recuerdos*, traducción de Rosa Sala, Ediciones Destino, 1999.



Fuente > Reddit.com



Fuente > Pixabay

EL PAPEL DEL PAPEL

ES FLEXIBLE, es sólido, es ligero. Fuerte como la memoria, existe en nuestra vida desde antes de que tengamos uso de razón. Sobre él se registran nuestros primeros hechos sobre el planeta. En uno similar se da cuenta del fin de nuestra aventura. Acompaña nuestro nacimiento y sin su existencia no somos para el mundo. Se parece a su nombre, limpio y breve, labial y líquido: papel. Transformando en plural, adquiere peso, prestigio, poder. *Sus papeles*, exige la autoridad desde sus múltiples rostros como justificación de nuestros actos rituales o de aquellos que, voluntariamente realizamos para la modificación de la realidad. Los papeles de un escritor son tan vitales como los papeles de un financiero. Cada uno defenderá hasta la muerte el valor y la vigencia de ambos. [...]

El papel nos enfrenta, desde las primeras letras, a un diálogo callado y solitario con nosotros mismos. Cuadrulado para las operaciones matemáticas; pautado para que en él se posen las notas como aves; blanco, para enfrentarnos al horror y el placer del vacío. [...] En defensa de la hoja, esa pureza silenciosa, esa invitación al viaje de la escritura, dejemos la palabra a José Emilio Pacheco, el poeta que entre nosotros mejor ha sabido profetizar los desastres y prodigios del siglo XX:

Página

Gracias, mil gracias, todo está muy bien.

Celebro lo que hacen y lo agradezco.

Me gustan mi laptop y mi laserprinter.

Pero soy como soy y no son para mí

poemas en pantalla ni a muchas voces

ni con animaciones electrónicas.

Me quedo (aunque sea lo último) con el

[papel.

La página no es, como se dice ahora, un

[soporte:

Es la casa y la carne del poema.

Allí sucede aquel íntimo encuentro

que hace de otras palabras tu mismo

[cuerpo

y te vuelve uno solo con lo que dicen tus

[letras. ☐

Vicente Quirarte, *Enseres para sobrevivir en la ciudad*, 2012.

ABUSO

UN DÍA, un columnista alemán especializado en chismorreos me invitó a salir con él y dos chicas que deseaba presentarme. Ambas eran jóvenes y, cada una a su modo, sorprendentemente hermosas. Una de ellas iba vestida con cierto desaliño. Le pregunté cómo se llamaba.

-Mis amigos me llaman Nasty -contestó. [...]

Un día, sin embargo, sentado frente a ella en una cervecería de Múnich, mientras estudiaba su rostro comprendí una cosa: Nastassja Kinski tenía un físico muy singular. Si existía eso que se llama cualidad de actriz, ella la poseía.

Nastassja me presentó a su madre, la cual discutió su carrera conmigo. [...] Le aconsejé que se matriculara en una academia de arte dramático, aunque lo primero que tenía que resolver era el problema del inglés. Puesto que yo vivía en París, le dije que podía utilizar mi casa de Londres. La respuesta de su madre me dejó desconcertado:

-No puedo permitir que vaya sola -dijo-, es demasiado joven.

Fue entonces cuando averigüé la edad de Nastassja. Tenía apenas quince años.

Hicimos el amor más de una vez durante mis tres meses de estancia en Múnich. Nastassja era una persona extraña. Prefería que los hombres se mostraran más bien fríos, no podía soportar que la cortejaran y corrieran tras ella. Era reposada y estaba muy segura de sí misma. Tenía un irónico sentido del humor y era muy observadora.

Descubría de inmediato las debilidades de los demás y era extraordinariamente madura para su edad. [...]

Las Seychelles marcaron el punto culminante de mi idilio con Nastassja. Empezamos en Mahé y después nos trasladamos a una isla más pequeña llamada Praslin, donde vivíamos alimentándonos como salvajes. [...]

Aunque Nastassja y yo no hacíamos alarde de nuestras relaciones, tampoco las podíamos ocultar. En Praslin compartíamos un colchón en una cabaña de la playa con solo un par de sábanas para protegernos de la brisa nocturna. Creo que nuestra breve estancia en Praslin fue un periodo memorable en su vida; por lo menos en la mía sí lo fue. □

Roman Polanski, *Memorias*, traducción de Antonia Menini, Malpaso, 2017.



Fuente > fotogramas.es



Fuente > Pixabay

PÁJARO

TOMAR un pajarito en el cuenco medio cerrado de la mano es terrible. Despavorido, agita desordenada y velozmente las alas, de repente se tiene en la mano semicerrada millares de alas finas debatiéndose en su crispación, y de repente se vuelve intolerable y se abre de prisa la mano liberándolo, o se lo entrega de prisa al dueño para que le dé la mayor libertad relativa de una jaula. A los pájaros los quiero en los árboles o volando, pero lejos de mis manos. □

Clarice Lispector, *Revelación de un mundo*, traducción Amalia Sato, Adriana Hidalgo editora, 2005.

DUELO

5 de noviembre

TARDE TRISTE. Breve salida de compras. Con el pastelero (futilidad) compro un pan de chocolate. Al servir a un cliente, la muchacha de servicio dice: *Ahí está*. Eran las palabras que yo decía al llevar algo a mamá cuando la estaba cuidando. Una vez, hacia el final, semiinconsciente, repitió en eco: *Ahí está (Aquí estoy)*, palabras que nos dijimos uno al otro toda la vida.

Estas palabras de la muchacha me traen las lágrimas a los ojos. Lloro largo tiempo (de vuelta en el departamento insonoro).

Así puedo cernir mi duelo.

No está directamente en la soledad, en lo empírico, etcétera; tengo ahí una especie de soltura, de dominio que debe hacer creer a la gente que tengo menos dolor del que habrían pensado. Está ahí donde se vuelve a desgarrar la relación de amor; el "nos amábamos". El punto que quema más en el punto más abstracto... □

Roland Barthes, *Diario de duelo. 26 de octubre de 1977-15 de septiembre de 1979*, traducción de Adolfo Castañón, texto establecido y anotado por Nathalie Léger, Siglo XXI Editores, 2009.

LA CANCIÓN #6

POR ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

LA PARADOJA DE LA BANDA SINALOENSE



Cortesía del autor

EL CHISPAZO fue un intento de prohibir a los grupos musicales en el área de la playa "concesionada" a un condominio en Mazatlán. Y el video de un hotelero defensor del turismo excluyente y gentrificador que pateó

el avispero de las bandas sinaloenses. ¿A quién se le ocurre prohibir a los mariachis en Guadalajara o a los organilleros en la Ciudad de México porque incomodan al que tiene dólares? El asunto lo recogieron los antigentrificación del país y ardió como zacate seco, todo México se subió al mame: banda sí o banda no, un fenómeno socio-musical que no habíamos visto. Más allá del gusto, las fobias y las filias personales, acá siempre defendemos a la música, a los músicos y a las personas, el derecho de tocar y escuchar cualquier género musical sin censura. Y en casos así recorro a mi biblia gruperá, Historia de la música popular mexicana, de Yolanda Moreno Rivas. En una paradoja histórica, la música de banda -o de viento- la trajeron a México entre 1850 y 1867 los antepasados de los güeros que hoy se quejan del "ruido". O, como diría el Gonzo, *You kill Jesus*.

La banda o tambora sinaloense, que algunos odian por "naca, delincuente y escandalosa", es el género musical tradicional de Sinaloa. Llegó a Mazatlán con los inmigrantes del sur de Estados Unidos, alemanes, franceses y algunos polacos, que se establecieron cerca del mar. Viajaban con sus bandas de guerra para animar los bailes con marchas, valsos, polkas y redovas, tocando sus instrumentos de viento: clarinete, trompeta, trombón y tuba. Pero los músicos desertaban hacia la sierra y así fue como la música europea se enredó con la sierreña, la norteña y el corrido -que originalmente se oponía a la música europea- y se integró la sección rítmica: la tambora y la tarola. Los europeos vendían sus instrumentos y así se formaron las primeras bandas regionales que tocaban en fiestas, bodas y funerales. Durante la Revolución, la banda sinaloense también cumplió como un medio para contar los hechos y esto ocasionó que se esparciera por las zonas rurales de Mazatlán entre 1920 y 1930. Así nacieron Los Guamuchilenos de Culiacán y la más famosa de todas, considerada la madre de todas las bandas modernas: El Recodo, formada en 1938.

El desfiguro prohibicionista se resolvió al estilo Sinaloa: las bandas musicales y los mazatlecos salieron en bola a las calles a defender su fuente de trabajo, sus playas y su patrimonio musical. Hubo serenata masiva frente al condominio quejumbroso y se agarraron a tubazos con la policía municipal, presta para reprimir a los músicos. Fue tan contundente la defensa que el hotelero y el municipio tuvieron que recular, estrechar manos con los músicos y llegar a un acuerdo: las bandas que porten su identificación pueden tocar en la playa y malecón de 10 AM a 10 PM, después tienen que moverse a las plazas públicas. Fue una campaña turística nacional y para rematar se convocó a una mega tocada en la playa para romper un Récord Guinness. *This is Mazatlán!* ¡Y pácatelas! □

El Popocatepetl, volcán de habitual actividad fluctuante, ha sido protagonista de una leyenda, testigo de la historia y fundación de México, modelo de pintores y el reto más osado para miles de visitantes y alpinistas. También para Alejandro Toledo, ascender a él, sentir su majestuosidad, ya forma parte de su memoria.

MEMORIA DEL VOLCÁN

ALEJANDRO TOLEDO

@ToledoBloom

La madrugada del 20 de mayo de 2023, en una sala de abordaje de la Terminal II del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, mientras observaba el alboroto causado por las cenizas del volcán Popocatepetl que tenían paralizados todos los vuelos —entre ellos el que tomaría rumbo a León—, recordé mi historia con esa cima.

Estábamos a la expectativa, porque había salidas que se cancelaban definitivamente y otras posteriores que se mantenían, y para las que debía uno registrarse, porque en cualquier momento, pensábamos, podría volver todo a la normalidad, y eso generó pequeñas comunidades con intereses comunes.

En algún momento ya no era yo sólo, sino que estaba asociado a dos mujeres de Mexicali, con quienes compartía el mismo destino. Nos turnábamos para cuidar las maletas, mientras se hacían excursiones alimenticias, sanitarias o informativas. Y juntos analizábamos nuestra realidad inmediata y veíamos posibles soluciones para concluir el viaje. Una era apuntarse en un vuelo y en otro, hasta que uno despegara; otra era rentar un auto... La situación era insólita, pues dependíamos de los humores del volcán. En las redes sociales veíamos videos con las explosiones de ese día; e imaginábamos las pistas cubiertas de ceniza, cuando el mayor peligro está en la ceniza que se mete a los motores de las aeronaves.

Sin imaginar lo que ocurriría ese sábado, planeé el viaje anticipando cualquier imprevisto. Pedí el primer vuelo, y según mis cálculos estaría en el hotel de León hacia las nueve de la mañana para desayunar con calma, dar una clase por Zoom de 10:30 a 12:00, y asistir a las 13:00 horas a mi primera participación literaria de ese día en la Feria Nacional de Libro de León.

Al llegar muy temprano al aeropuerto, hice el ritual de rigor: imprimí mi pase de abordar en los dispensadores automáticos, ingresé a la sección de abordaje luego de minuciosas revisiones, busqué la sala respectiva... Pero

todo empezó a enrarecerse. En los pizarrones electrónicos apareció el mensaje de “demorado” en un vuelo sí y otro también, y la terminal se convirtió en un enorme campamento. Lo poco que veíamos del exterior, conforme amanecía, se veía gris, como si lloviera ceniza. Quizá no lo era tanto, pero así se sentía. Un anuncio en los altavoces informó que todos los vuelos estaban suspendidos hasta nuevo aviso.

En alguna pausa, dije a mis nuevas amigas:

—Yo de joven subía al Popocatepetl.

Quizá no me hicieron caso, porque lo que les importaba era llegar a León, para ellas un viaje turístico largamente planeado y con actividades programadas. Pero mi memoria siguió en ese carril, porque era cierto: de joven, como clanero en los Boys Scouts (a lo Manuel Felguérez y Jorge Ibargüengoitia), subí varias veces al volcán Popocatepetl.

“Clanero” era por estar en el clan, que era la última etapa. Era así: lobato, scout o tropero (por la tropa) y clanero, creo. Mis hermanos mayores fueron los primeros en ingresar al grupo 7, que se reunía en los jardines de la parte poniente del Zoológico de Aragón; luego se transformó, no sé por qué, en el grupo 123. Recuerdo mi primer día, a los seis o siete años

“VEÍAMOS VIDEOS CON LAS EXPLOSIONES DE ESE DÍA E IMAGINÁBAMOS LAS PISTAS CUBIERTAS DE CENIZA, CUANDO EL MAYOR PELIGRO ESTÁ EN LA CENIZA QUE SE METE A LOS MOTORES DE LAS AERONAVES.”

(¿como lobezno?): me habían cortado unos pantalones largos azules y mis calzones eran holgados, lo que ocasionaba el problema de que estos últimos se resbalaran y se asomaran a la altura de las rodillas, y eso me daba mucha vergüenza. Hay fotos del día en que pasé de los lobatos a la tropa. Luego, quizá después de los 18, en el clan, surgió el proyecto de ascender al Popocatepetl. Empezamos con caminatas diarias, excursiones los fines de semana por La Marquesa y alrededores a pequeñas cimas; el mayor logro hasta entonces fue el Pico del Águila del Ajusco. Y se fijó una fecha: el 12 de octubre. Era el Día de la Fraternidad Montañista, por lo que fuimos cientos los que la noche anterior dormimos en el albergue de Tlamacas.

No había registro de explosiones cercanas en el tiempo, sobra decir. El Popocatepetl entonces dormía. Y era territorio hasta cierto punto seguro. Llegábamos como podíamos a Amecameca, y de ahí salían camiones de transporte de mercancías que nos llevaban como reses a Tlamacas. En la madrugada iniciamos el ascenso; se formó una fila muy larga. Al amanecer llegamos a otro refugio; creo que se llamaba Las Cruces. Algunos concluían en ese punto y se regresaban a Tlamacas, por fatiga o mareo. Yo seguí. Y como al mediodía conquisté el labio inferior de volcán, para observar las fumarolas que venían del cráter y percibir al instante un olor a huevo podrido.

Recuerdo vagamente que en el ascenso me asocié con una mujer, ama de casa, quien se había propuesto el reto de subir al Popocatepetl. Tenía meses realizando caminatas mañaneras luego de dejar a sus hijos en la escuela. Y lo



Las fumarolas del volcán Popocatepetl exhalan vapor de agua, gas y ceniza.

Fuente: Richard van Wijngaarden / unsplash.com

consiguió ese 12 de octubre. Nos apoyamos para que cumpliera cada uno su cometido.

Yo llevaba una cámara, por lo que sé cómo iba vestido ese día, con el pasamontañas y los goggles; la camisola de los scouts, un suéter, chaleco rojo y chamarra azul con vivos cremas y de un azul más claro; pantalón café (debajo unos pants), doble media, botas del ejército y los *spikes*, que se amarraban a los zapatos. Más el piolet de fierro y madera, comprado, me parece, en La Lagunilla. (Creo que aún lo tengo, embodegado.)

Hay una imagen en la que me bautizan con hielo del volcán por haber realizado mi primer ascenso.

Descender era hasta cierto punto divertido. Una vez que uno pasaba la zona de hielo todo era deslizarse en la arena dando algunos brincos. Sólo había que sujetar bien el piolet, que si se dejaba suelto podría pegarle a uno mismo o a otro escalador.

Volví varias veces. En una de esas intenté una ruta diferente, tomando como punto de partida el labio superior del cráter, y me encontré de pronto atrapado en una suerte de río de piedras en lento descenso (¿cómo le llamaban?, ¿el Ventorrillo?), que terminaba en un precipicio, y de seguir por ahí era probable una caída mortal. Era como estar atrapado en un pantano, o en arenas movedizas, pero rocoso. Zona de muchos riesgos. Me costó más de una hora de mucha angustia salir de ahí. No había nadie en los alrededores.

Presumí mis logros con el volcán a una mujer a la que entonces cortejaba, y ella se mostró interesada en que ascendiéramos juntos. Pasé por ella un sábado al mediodía y me sorprendió con un hermanito de unos doce años que estaba apuntadísimo para acompañarnos.

—No es una excursión. No puedo hacerme responsable de tu hermano.

—Está muy ilusionado. ¿Qué puede pasar? Yo me encargo de él.

No debí haber aceptado. Fue una pesadilla completa. El muchacho era como Daniel el Travieso o Memín Pingüín. Un verdadero demonio. Le rompió los lentes a un guardia.

Era yo reportero en un diario y se acercaron a mí los del Socorro Alpino para una serie de reportajes. Me contaron de un muchacho que había sobrevivido a una excursión familiar en el

Popocatepetl, y fui a visitarlo a Cholula.

Se llamaba Agustín García Campos. La excursión familiar había sido el domingo 17 de septiembre de 1989, nueve años atrás de cuando tuve con él esa charla. Iban con ellos más de veinte personas, de todas las edades; se trataba de llegar en coche a las faldas del volcán y hacer un sencillo día de campo. Un tío, René Tejeda, propuso a los sobrinos una caminata (“A ver hasta dónde llegamos”), que iniciaron ocho de ellos; dos abandonaron pronto. Quedaron seis: con Agustín iba su hermana María Luisa; el tío y tres primos más.

La neblina les advirtió del mal clima. Cuando quisieron descender ya no se ubicaron. Algunos de ellos tenían experiencia como alpinistas. Revisaron el entorno. Buscaron sin suerte un refugio llamado El Queretano. Pasaron las horas. Gritaban pidiendo auxilio. El tío cayó a un barranco y se lastimó. Lo escuchaban a lo lejos, pero ya no se acercaba. Anocheció. Transcurrió otro día completo sin que los encontraran. El tío parecía dormir allá, a la distancia. La noche del lunes seguían con la esperanza de que los hallaran. Se iban quedando dormidos.

Me contó Agustín que vio varias veces la misma escena con distintos personajes: el temblor corporal, el sueño en apariencia tranquilizador, el gesto de alegría... Le llaman a la “muerte blanca”. Al amanecer del martes él mismo empezó a sentirse así... pero oyó unos silbatos. Logró levantarse y vio una silueta que se acercaba.

—¡Hey, aquí estamos! —intentó gritar.

El descenso a Tlamacas llevó media hora. Estaban realmente muy cerca del refugio.

Agustín era el más joven de todos; tenía 14 años. Su hermana, María Luisa, 19. Sus primos: Orlando, 26; otro Agustín, 28; Miguel, 30. Y el tío René, 40.

El más pequeño fue el único sobreviviente.

Mi último ascenso, incompleto, fue como a los 30 años. Me quedé a unos cien metros de la cima. Llevé a unos amigos suizos, que no tuvieron problema para llegar a la meta, que era el labio inferior del volcán. A mí me dio el mal de montaña. Los esperé en una roca. Sentía que el abismo me jalaba, y me acurruqué junto a una roca, como si ese refugio me impidiera caer.

Luego vinieron las explosiones. Recuerdo haber visto un video de aquellos a quienes sorprendió una de ellas, el 30 de abril de 1996, y murieron. Eran imágenes obtenidas de una cámara hallada en la zona.



1996 y 2022 fueron años fatídicos para los alpinistas del Popo.

Fuente: Gobierno de México

Desde entonces el volcán se cerró para los alpinistas, y aunque algunos se han arriesgado a subir, sobornando a los soldados que vigilan la zona, yo no lo haría.

Al final, en ese sábado de caos en el aeropuerto, la mejor ruta fue terrestre. Mis anfitriones en León me consiguieron una salida desde la Central Camionera del Norte a las diez de la mañana, y hacia allá me trasladé. Mientras viajaba en el autobús rumbo a León sentí que me alejaba de esa memoria mía con el volcán Popocatepetl, que acaso, si pudiera hablar, desde su majestuosidad me diría burlón, como advertencia, aquello de Ramón López Velarde: “Írán a visitarte mis cenizas”.

CODA

Han pasado varios meses de esa experiencia de quedar varado... y armé un plan similar al del 20 de mayo de 2023. Es ahora el 9 de marzo de 2024, también sábado. Conseguí el primer vuelo hacia el Bajío, y voy temprano hacia el aeropuerto con la expectativa de si el volcán me dejará cumplir (o no) mi itinerario: llegar al hotel, esta vez en la ciudad de Guanajuato, a buena hora para el desayuno, dar mi clase sabatina por Zoom de 10:30 a 12:00, y cumplir con mi actividad literaria hacia las 13:00 horas, esta vez la entrega de reconocimientos a dos generaciones de escritores del Fondo para las Letras Guanajuatenses. El volcán ha estado activo y una o dos semanas atrás volvió a cerrar vuelos. Le cuento mis temores al chofer del taxi.

Sorpresivamente, todo ocurre según mis planes. No hay cancelaciones ni retrasos. Los vuelos despegan y aterrizan con esa puntualidad que antes llamábamos inglesa. El domingo 10 de marzo regreso de madrugada a Ciudad de México, y de pronto observo desde la ventanilla a ese viejo amigo que extiende una larga fumarola hacia Puebla, como quien al despertar despacha tranquilo, en la cama, un buen habano. Es una gran postal: el amanecer y los volcanes. Tomo, por lo mismo, algunas fotos con el teléfono celular. Y lo saludo, le doy los buenos días. Por portarse bien conmigo ese fin de semana, le digo:

—Gracias, mano.

Y hasta la próxima. 📷

“LA NEBLINA LES ADVIRTIÓ DEL MAL CLIMA. CUANDO QUISIERON DESCENDER YA NO SE UBICARON. ALGUNOS DE ELLOS TENÍAN EXPERIENCIA COMO ALPINISTAS. REVISARON EL ENTORNO. BUSCARON SIN SUERTE UN REFUGIO.”

A través de esta adaptación teatral podremos reflexionar sobre la fragilidad de nuestras vidas. Un monólogo que habla desde el dolor, el pasado y la ruptura con la figura materna. La relación entre madre e hijo, la presencia y ausencia de ambos, la enfermedad, la muerte y una ceremonia de despedida. Los personajes, vestidos de humor negro, son parte de una ficción y una realidad, muestran sus heridas y al mismo tiempo se revalorizan.

Canción de tumba en versión teatral

FLORES NEGRAS DEL DESTINO NOS APARTAN

AMARANTA LEYVA

@Lamaranta

Flores negras del destino nos apartan es una obra de teatro basada en la novela del escritor Julián Herbert, *Canción de tumba*. Cuando adaptas, eliges. Al elegir, seleccionas y, entonces, descartas. Fidelidad al texto, dilema creativo. Si algo tiene la obra de Julián Herbert es una verdad descarnada para contar su vida y saltar de la ficción a la realidad rompiendo límites y reglas literarias. *Canción de tumba* atrapa desde la primera página por ese personaje ¿autobiográfico? No importa. El Julián que narra su vida mientras cuida a su madre en una cama del Hospital Universitario de Saltillo, a punto de morir de leucemia, es un personaje que en el acto se vuelve atormentadamente entrañable. Para la versión teatral, Belén Aguilar, la directora, y José Juan Sánchez, el actor, siguieron dos líneas: una, mantener vigente en escena el juego entre lo biográfico y la ficción. La otra, ceñirse a la relación entre la madre y el personaje, con la muerte por testigo.

BIOGRAFÍA Y FICCIÓN: JULIÁN-JOSÉ JUAN

La anécdota: un escritor-personaje-actor alterna los cuidados a su madre en el hospital mientras recuerda la relación con ella. “¿Y si no se muere, habrá valido la pena esto que estoy escribiendo-actuando?” El humor negro es fundamental. ¿De qué otra manera contar, si no, el fin de la infancia y el nacimiento de la orfandad? A la directora le importaba rescatar la esencia de la novela: ese momento en que el lector no sabe si lo que lee es ficción o realidad. “Sentía que el autor me estaba tomando el pelo hasta que llegó un momento que me daba igual.” Belén quería repetir esa sensación en el teatro y lo tradujo en “lograr hacer del anecdotario, algo sublime en la sensación del espectador”.

“**TODOS LOS HOMBRES VIÉNDOLA. PERO VENÍA CONMIGO. AHÍ, A LOS CINCO AÑOS, COMENCÉ A CONOCER, SATISFECHO, ESTA PESADILLA.**”



Fuente: Fernanda Olivares

En la adaptación del montaje juegan tres elementos que rescatan esta esencia de la novela. Uno, el humor. El humor negro de Julián que transita hacia el de comedia de José Juan, el actor. Dos, el cambio de profesión de escritor a actor donde entran los guiños de realidad de éste sobre su oficio. “Yo también soy una puta; tengo beca del gobierno”. Y tres, los textos de Herbert, que nos regresan a la poética de la ficción.

Directora y actor partieron de una verdad: “quienes estábamos poniendo el cuerpo éramos nosotros”. Por eso, José Juan es un actor-personaje que desde el escenario expone sus propias reflexiones sobre la muerte rompiendo géneros, porque no le son suficientes, como le enseñó Herbert. Es un actor que se burla y se duele de su condición de huérfano inminente. Un actor que lograr hermanar su propio miedo con el de Julián y prueba a exponerlo mordiendo rábanos con chile para enchilarse y, entonces, llorar. Esa imagen nace en *Canción de tumba* y hace que ambos personajes cobren vida juntos.

LA MADRE Y EL HIJO: LA INFANCIA

“Cerca de los ocho años, en 1950, Guadalupe -la madre- descubrió una de las más rabiosas maravillas que admite la infancia: escapar”, dice Herbert, y lo actúa el actor-narrador en escena. La profundidad de este amor radica en que ambos, madre e hijo, son dos niños que descubren la maravilla de escapar y alcanzar el abismo. “Todo abismo tiene sus canciones de cuna”, Julián Herbert sintetiza en esta frase el lado oscuro y brillante de ésta.

A partir de ella, y con ella, el que intenta dejarla de lado hace *detours* para retrasar el viaje más importante: el descenso al infierno para llegar al fin de la infancia, o a la muerte de la madre en este caso. *Canción de tumba* es este vía crucis por los diferentes infiernos de Julián para asumir la muerte de una madre que, a pesar de todo, nunca lo abandonó. “Todos los hombres viéndola. Pero venía conmigo. Ahí, a los cinco años, comencé a conocer, satisfecho, esta pesadilla: la avaricia de ser dueño de algo que no logras comprender.” Es un camino a la adultez-huérfa que el niño presente desde aquella caminata en la madrugada en el malecón de Acapulco.

Un paseo con su madre que no parará hasta la ascensión de que nunca más escuchará su voz, de que su infancia termina con la orfandad o, en el caso de Herbert, de cuando aceptó la redondez de la Tierra.

En *Flores Negras...* la evocación de la infancia se vuelve el hilo conductor del personaje y marca el final de esa etapa. Si bien la obra de teatro no aborda los demás viajes del escritor, incluido su descenso al infierno, se agradece la minuciosidad del texto por haber unido cada momento evocador de una infancia agrídulce.

La escenografía e iluminación proponen un gran ventanal con geranios que funciona como sala de hospital y como casa. Un ventanal que lo que resguarda es la memoria, “la película de la madre” interpretada en video por Lorena Glinz. Lamentablemente, la película hace que la tensión entre vida y muerte se debilite.

Flores negras... nace y se aparta dignamente de la novela *Canción de tumba* para contar, con boleros e historias personales, su versión del vínculo amoroso entre una madre y un hijo. 📺

Adaptación de la novela: Belén Aguilar y José Juan Sánchez. Dirección: Belén Aguilar. Elenco: José Juan Sánchez y Lorena Glinz en el dispositivo de multimedia. Escenografía e iluminación: Jesús Giles. Música original y diseño sonoro: Cristóbal MarYán. Fotografía: Mauricio Rico.

Flores negras del destino nos apartan se presenta hasta el 25 de abril, los miércoles y jueves a las 20:00 horas en La Gruta del Centro Cultural Helénico.

Hace casi dos años y medio Denis Villeneuve estrenó la primera parte de *Duna* (2021), una cinta espectacular y mesurada que servía como fastuosa presentación del *duniverso*, un entorno familiar y desconocido creado por Frank Herbert en 1965, al combinar sus intereses como periodista en materia de ecología (inspirado por el avance de las dunas de arena que amenazan devorar la tierra fértil), la geopolítica del Medio Oriente y el Magreb a partir del periodo entreguerras y su fascinación con los hongos, especialmente los alucinógenos. Villeneuve decidió, por un lado, mantenerse relativamente fiel a la historia y, por otro, dividirla en dos películas para evitar las trampas y peligros puestos en evidencia por la adaptación de David Lynch en 1984, una cinta enfebrecida y sobresaturada que se ha vuelto un filme de culto, así como por la miniserie chata y predecible de John Harrison (2000), y el delirio de catorce horas de adaptación libre de Alejandro Jodorowsky que nunca llegó al proceso de producción pero algunos enterados consideraron la mejor película jamás filmada. Frank Pavich dirigió un documental en 2013 sobre esta fatídica, desproporcionada y frustrada aventura que involucraba a Orson Welles, Mick Jagger, Pink Floyd, Magma, Salvador Dalí, David Carradine, H.R. Giger, Moebius y un Brontis Jodorowsky de 12 años.

Duna parece inicialmente una épica de intrigas palaciegas, mitología exótica y el lugar común del Elegido que salva a un pueblo oprimido. Sin embargo, es mucho más compleja y contemporánea, ya que es una épica magna que fusiona ecocidio, extractivismo (la especia como una fusión del petróleo y las esporas de psilocibina), genocidio, fanatismo, fascismo y colonialismo, asuntos relevantes para la política ocho milenios en el futuro, cuando diferentes clanes humanos se extienden por el universo. Asimismo, más que un regodeo con las paradojas de las religiones antiguas, es una reflexión sobre la creación, propagación, adoctrinamiento y manipulación de los pueblos al implantar creencias y controlarlos mediante la invención de profecías que se cumplirán eventualmente.

LA PRIMERA PARTE ARRANCA con la historia de la trampa de que es víctima la casa Atrides al recibir "Un regalo que no es un regalo": el control del hostil planeta desértico Arrakis, la única fuente de producción de la preciosa especia que provoca sueños alucinantes y es indispensable para navegar por el espacio. El final abrupto llega con el golpe mortal que dan los Harkonnen a la recién instalada administración del barón Leto Atrides (Oscar Isaac), la cual trataba de colaborar con los nativos fremen. La *Segunda parte* inicia con la incineración de pilas de cadáveres de soldados y personal de aquella casa que al ganar poder se había vuelto una amenaza para el emperador Shaddam IV (Christopher Walken), como escribe su propia hija, la princesa Irulan (Florence Pugh). Entre los sobrevivientes están Paul Atrides (Timothée Chalamet) y su madre, Jessica (Rebecca Ferguson) a quienes los fremen rescatan a regañadientes. Ahí Paul encuentra a Chani (Zendaya), literalmente la mujer de sus sueños.

Villeneuve no sabía si lograría filmar la continuación, pero todo cayó en su lugar. Si bien le bastaba repetir el modelo, Villeneuve coescribió la secuela con Jon Spaihts, necesitaba mucho más que una continuación. De tal manera, creó una cinta con un impacto sensorial, emocional e intelectual que rebasa las expectativas dejadas por la primera parte. No hay un solo aspecto descuidado en este prodigio que muestra la poesía



Fuente: Warner Bros. Pictures

del desierto, en clara evocación a *Lawrence de Arabia* de David Lean (1962), en la fotografía de Greig Fraser. Esas imágenes radiantes y cegadoras contrastan con las dramáticas secuencias filmadas en blanco y negro en Giedi Prime, el planeta de los Harkonnen. La música solemne de Hans Zimmer, por su parte, compite con la ironía, cinismo y nihilismo del texto.

AQUÍ ESTÁN DE VUELTA los elementos norafricanos y árabes que inspiraron a Herbert y que en la *Primera parte*, así como en las otras adaptaciones, quedaron diluidos o ignorados. La estética está dominada por numerosos elementos tomados de esas culturas, desde los ritmos y sonidos que evocan al folclor árabe y ululaciones de la pista sonora hasta un extenso vocabulario que incluye palabras como *shai hulud* y *mahdi*. Herbert fue un estudioso de diversas religiones (sunita, shiíta, sufi) y culturas (no únicamente árabes sino persas y turcas también) y de la historia del Medio Oriente. Así que de una manera bastante exhaustiva integró estos elementos de forma directa, sin adulterarlos. También empleó datos de la lucha árabe en contra del imperio otomano (Arrakis-Irak es una visión del Medio Oriente como botín de las potencias occidentales en el periodo de entreguerras), basándose en el libro de T.E. Lawrence, *Los siete pilares de la sabiduría*, y también consideró la guerra de independencia argelina contra Francia, las estrategias de los bereberes y de los yemenitas, entre otros. No empleó esas influencias desde una perspectiva acrítica, superficial o exotista y tuvo la sabiduría de no caer en el clásico absurdo de que su héroe fuera un redentor blanco, un salvador occidental. Herbert muestra cómo los colonizadores, ya sean los despiadados y crueles Harkonnen (quienes después de eliminar a sus rivales desean exterminar a los fremen) o los más tolerantes y comprensivos Atrides, en esencia representan lo mismo para los nativos (no es coincidencia que ambos están vinculados por la sangre, la historia, la ambición y los compromisos).

Las señales de que Paul es el elegido parecen multiplicarse al mismo tiempo en que aumenta el escepticismo de Chani: "¿Quieres controlar a la gente, diles que viene un mesías?" Es ella quien se convierte en el eje moral y espíritu crítico de su pueblo al entender las consecuencias del poder sin limitaciones que va a adquirir Paul, quien no tarda en traicionarla.

En esta *Segunda parte* se hace patente la pesada herencia del pesimismo político de la obra al mostrar que el heroísmo y el carisma se transforman en trágicas condenas sociales. La cinta cambia notablemente de ritmo en la última parte, donde se acelera el desarrollo de los acontecimientos y se introducen elementos que anticipan lo que viene en el siguiente libro, *Mesías*. Lejos de ser un *blockbuster* de acción más, esta es una tragedia shakespeariana que entre otras cosas da la oportunidad a los representantes de una nueva generación de estrellas hollywoodenses de mostrar su verdadero talento. ■

FILO LUMINOSO

POR NAIIEF YEHYA

@nyehya

DUNA. SEGUNDA PARTE, DE DENIS VILLENEUVE

“DUNA PARECE INICIALMENTE UNA ÉPICA DE INTRIGAS PALACIEGAS, MITOLOGÍA EXÓTICA Y EL LUGAR COMÚN DEL ELEGIDO QUE SALVA A UN PUEBLO OPRIMIDO.”

EL CORRIDO DEL
ETERNO RETORNO

POR CARLOS VELÁZQUEZ

@Charlyfornicio

CUENTOS
DE LA REALIDAD

ENTREVISTA
A YAEL WEISS

Tras su debut como cuentista, Yael Weiss se inicia en la crónica con *Los muros del aire* (Debate, 2023), su personal indagación sobre el fenómeno de la migración. Como otros nacidos en los setenta, ha ingresado al género saltándose la cerca de la preparación periodística tradicional. Armada con poco más que su mirada, ella misma un amasijo de nacionalidades, mexicana descendiente de extranjeros que lo mismo ha vivido en Francia que en Israel, conoce el reto que significa transitar por otras tierras. El resultado: cinco reportes de varios de los lugares más inhóspitos de la nación mexicana.

¿Cómo fue el proceso de encarar la figura del cuentista-cronista? ¿Qué del género del cuento persiste al servicio de la crónica?

Podría decirte que las crónicas, tal como las trabajo, son mis cuentos de la realidad.

En vez de inventar cosas y colocarlas sobre el papel para formar una ficción, extraigo de la realidad —que es inmensa y no cabe en un texto— los elementos que necesito para construir mi cuento. Es decir: quito grasa, pellejo, recorto, compacto y organizo lo que veo para que se pueda leer, que tenga sentido y belleza (o fealdad). La crónica es la realidad demacrada, reducida a fuego lento hasta alcanzar el tamaño y la densidad del cuento.

Empecé siendo cuentista y creo que lo sigo siendo, aun cuando escribo crónica. ¿Qué tomo del cuento para escribir crónica? Pues casi todo. Son muy parecidas mis estrategias narrativas.

En pocas palabras, he escrito cinco relatos de algunos momentos vividos en cinco ciudades de la frontera, ayudándome de toda la parafernalia de la literatura. A estos relatos extraídos de la realidad, o de lo que pude percibir de la realidad, los he llamado “crónicas”.

Hoy en día los géneros se utilizan sobre todo para ordenar los libros en las secciones de una librería y para su *marketing*. Lo que yo hago o intento hacer, que sea en un cuento o en una crónica, es literatura.

¿Qué fue lo que te imantó de la frontera como materia literaria?

Como lo he contado muchas veces, el asunto inició por azar. Me encontraba en Tijuana por circunstancias ajenas cuando empezaron a suceder todo tipo de eventos vinculados a los migrantes centroamericanos que en ese momento llegaban en caravana a la ciudad. Ahora es moda decir que la realidad “te atraviesa” (o las identidades, o la frontera, o la política, o lo que sea). A mí no me atravesó nada, al revés: me di de tope con un fenómeno enorme y difícil de comprender en sus miles de aristas. Despertó de inmediato mi interés, abrí bien mis ojos y oídos para sacar sentido de lo que ocurría en esta frontera.

Como es obvio, no logré comprender el fenómeno ni sacarle suficiente sentido en una sola estancia. Por eso decidí viajar a otros puntos fronterizos. Hay todavía mucho que escribir al respecto, es un tema inagotable. Espero que a los lectores les parezcan justos y quizá hasta reveladores de algo que no conocían.

Samuel Beckett, hombre de teatro, decía que basta con colocar a dos personas en un espacio cerrado para obtener un drama. Imagínate ahora a miles de personas provenientes de lugares remotos atoradas en un mismo lugar, sobreviviendo en condiciones extremas, con las emociones a flor de piel, con sueños y esperanzas que chocan con la realidad fronteriza. Ahí suceden miles de dramas todos los días. Y el drama humano es el motor de la literatura.

Digamos también que la frontera es tradicionalmente un lugar de peligro y de oportunidad, de trasiegos legales y clandestinos, de gran efervescencia. La literatura se alimenta de todo eso.

Desde siempre al centro le han seducido los márgenes. Ahora que dices eso, me pregunto si el contrario también aplica, si a los márgenes también los seduce el centro.



Yael Weiss.

Fuente > Enlace Judío

Supongo que sí. Por eso son inseparables: en el centro hay una fuerza orientada hacia el margen y en el margen una fuerza que apunta hacia el centro, como en un disco que gira y no se disgrega.

Como parte del centro, en un sentido geográfico —soy oriunda de la Ciudad de México y aquí vivo—, me acerco a la frontera desde la sorpresa, el descubrimiento del otro y las ganas de comprenderlo.

Pese a la buena disposición de las autoridades, el ciudadano promedio ve al migrante en tránsito como una molestia. ¿Por qué crees que esté tan arraigada esta desconfianza?

Porque es instintiva. No sabemos quiénes son, quiénes son sus padres, qué hicieron en el pasado, qué quieren, qué piensan, de qué son capaces. Son extraños. Sin embargo, la civilización consiste en darle cabida al extranjero, en otorgarle cobijo si sólo va de paso o un lugar en la sociedad si no tiene adónde ir. En un texto tan antiguo como la Biblia se preconiza el recibimiento del extraño en casa y todas las civilizaciones tienen códigos de hospitalidad.

Una manera de que el extranjero no sea tan amenazante para nuestro instinto, consiste en conocerlo. Eso intentan las crónicas y la literatura enfocada en migrantes: retratarlos, dar a ver cómo son y qué piensan, cuáles son sus problemas, acercarnos a ellos y hasta encariñarnos.

¿Ves al México del futuro como un país multirracial?

Sí, y lo festejo. Las grandes naciones y los grandes imperios se han formado con la integración de múltiples pueblos. No digo que haya que convertirse en un imperio, ¡qué horror!, pero sí que la prosperidad y la fuerza vienen de los *melting pots*. Las aleaciones metálicas son más resistentes que cada uno de los metales por separado.

Los conocimientos particulares y el color que aporta cada pueblo son una verdadera riqueza.

¿La frontera es un fin en sí mismo?

La frontera entre países no busca nada. Es una línea ficticia que han imaginado algunos humanos para ordenar el territorio, y que para mi gusto no debería existir. Produce mucha violencia. Si acaso la frontera busca algo, es desaparecer. Ha de ser muy cansado ser una frontera, ser espejo de tantas proyecciones humanas, ver tantos conflictos y brutalidades.

¿Consideras que la crónica es el género ideal para narrar este periodo de migraciones que parece nunca tendrá fin?

No tendrá fin porque nunca tuvo inicio. Por más modernos que nos sintamos, por más tecnología e Inteligencia Artificial que poseamos, la cosa sigue siendo así de simple: si sube el nivel del agua o se seca la tierra, la gente se mueve. Asimismo, si algunos gándallas se apropian de todo lo que existe en un país, y hacen gala de violencia para quedárselo, la gente pacífica o sin recursos para armarse se mueve también, en busca de un pedacito de tierra donde poder vivir.

Como dije antes, todo sirve para retratar el movimiento migrante, que es lo que somos desde siempre: viajeros sobre la Tierra y —¡qué infortunio! — por tan cortos años. ■

“HE ESCRITO CINCO
RELATOS DE ALGUNOS
MOMENTOS VIVIDOS EN
CINCO CIUDADES
DE LA FRONTERA,
AYUDÁNDOME
DE TODA LA
PARAFERNALIA DE
LA LITERATURA”.